

## **El Brujo de Bargota**

Corría el año del Señor de 1582. Felipe II reinaba en las Españas y en Roma el Papa Gregorio XIII se empeñaba en casar el tiempo de los cielos con el tiempo de los hombres reformando el calendario juliano. En este año de gracia, un peregrino, Jacques de Lavour, había dejado su ciudad Labruguière, en el sudeste de Francia y se había encaminado a la Ciudad del Apóstol, sin saber que tendría un encuentro con uno de los hombres más extraordinarios que han alumbrado el Camino de Santiago. Me refiero a Johanes de Bargota, que la historia recuerda como el Brujo de Bargota. Hombre misterioso, a medio camino entre la historia y la leyenda, que quiso explorar la realidad más allá de los límites conocidos y que las crónicas nunca han sabido cómo juzgar, pero sigamos con nuestra historia.

Jacques de Lavour se había encaminado a Toulouse, la capital de Occitania, con la intención de seguir la Vía de Arlés hasta la Ciudad del Apóstol para rendir culto a las reliquias del santo. Jacques, carpintero de profesión, había cerrado su minúsculo taller, acosado por las deudas y el hambre tras años de sequías que habían arruinado los campos y matado a bestias y hombres. Había conseguido una cédula de su párroco que le permitía pernoctar en iglesias y monasterios y con una mula con sus aperos de carpintería se encaminó al sur, tierra de trigales infinitos, donde no faltara un arado que reparar o una puerta que ajustar. Las primeras semanas fueron duras. Sus planes de ir pagando en las posadas con el dinero que ganara con su oficio se vieron truncados de raíz. La hambruna había implantado una economía de subsistencia y nadie contrataba sus servicios. Afortunadamente, la Orden de Cluny, aunque había perdido gran parte de su influencia, aún conservaba imponentes monasterios donde tomar sopa caliente con acelgas y, quizás, algo de pollo o conejo.

Su suerte empezó a cambiar una vez cruzó los Pirineos. Las heladas no eran tan intensas y el frío no había arrasado los cultivos como en las tierras del norte. Jacques empezó a ejercer como carpintero ambulante y su arte con la gubia y el escoplo empezó a ser conocido en los pueblos del Camino hasta el punto que a veces los aldeanos se desplazaban a los cruces de los senderos a esperar su llegada y pedirle que desviara sus pasos para embellecer una puerta o fijar unos

pernos. De este modo, tras visitar la Iglesia del Santo Sepulcro en Torres del Río, Jacques se encaminó hacia Bargota, donde un parroquiano necesitaba de sus servicios. Quiso el destino que la mula que cargaba sus herramientas metiera una pata entre dos piedras y diera con sus huesos en el suelo. El carpintero ayudó a levantarse al animal, que cojeaba. Caía la noche y, aunque el pueblo estaba cerca, no quiso tentar a la suerte y detuvo su marcha. Al crepúsculo bajó la temperatura y cuando el sol rayaba en el horizonte, la silueta de un jinete cabalgando a toda velocidad se acercó entre las sombras. Iba embozado y viajaba con una rapidez que Jacques temió que el corazón del corcel reventara si no aminoraban la marcha. El carpintero hizo señales al caballero, pensando que el gesto sería inútil, y que no se detendría, pero, contra todo pronóstico, el jinete se detuvo. Tenía la capa con restos de nieve, pese a que las cumbres nevadas quedaban muy lejos. Era alto, enjuto de carnes y vestía ropas de clérigo. Jacques le contó el percance de la mula y le pidió auxilio para poder llegar a Bargota con el utillaje de su profesión. El desconocido no respondió a la exhortación del peregrino. Se volvió en redondo hacia su cabalgadura y cuando todo apuntaba a que montaría y se marcharía sin decir palabra, abrió una de sus alforjas y sacando un hatillo, lo abrió en el suelo y tomó unas hierbas pestilentes. Dijo unas palabras que no eran propias de tierras de cristianos y frotó con las hierbas la pata de la mula.

- *Do ut des, doy para que des* –dijo el viajero a modo de despedida-.

El misterioso clérigo tomó su montura y retomó su camino a una velocidad que ni los mejores caballos del rey. Jacques pasó la noche bajo las estrellas. Al despertar, la inflamación de la pata de la mula había bajado y el animal mordisqueaba unos brotes tiernos. Aun así, el carpintero decidió esperar un poco antes de retomar la marcha. Al llegar, unos soldados le abordaron a la entrada de Bargota. Explicó que era un peregrino a Compostela y exhibió la cédula de su párroco. Cuando los soldados le preguntaron por la mula y su carga, dijo que era carpintero y que eran los aperos propios de su oficio. Apenas los soldados conocieron su profesión le permitieron pasar a condición de que buscara al padre inquisidor y se pusiera a sus órdenes. La aldea estaba tomada por la guardia. Un escalofrío recorrió el espinazo de Jacques cuando fue recibido por el Santo Oficio.

No hizo preguntas, pero supo que al padre inquisidor le urgía que levantara un cadalso y una horca en la plaza del pueblo, porque un reo debía ser ajusticiado. Jacques pidió tres días, a lo que el inquisidor respondió que se apurara, porque la ejecución sería al mediodía del día siguiente. El carpintero se empleó a fondo en cumplir el encargo preguntándose quién sería el pobre desgraciado cuando a la caída de la tarde vio que los soldados trasladaban un reo. Su figura, alta y de carnes secas no dejaba lugar a dudas. Su mirada y la del clérigo se cruzaron en silencio, pero las palabras de la noche anterior, *do ut des*, resonaron con eco en su interior.

En la posada supo que el preso era Johanés, el Brujo de Bargota, a quién por fin la inquisición había echado el guante. Contaban que era capaz de separar la cabeza del cuerpo, que viajaba por los aires y que visitaba a las brujas de Viana en sus aquelarres. Jacques escuchaba en silencio. En su tierra había oído muchas historias de arpas y hechiceros, pero ninguna como aquellas. No obstante, más allá de aquellos chismes al amor de la lumbre, aquel hombre le había ayudado cuando él lo necesitó y decidió actuar.

Antes del amanecer ya estaba trabajando en la plaza del pueblo cuando vio llegar soldados a caballo. Todo fue revuelo de sirvientes y aldeanos, baúles y carretas. No llegó a entender la razón, pero el inquisidor era requerido en otro lugar y dejó Bargota antes de la ejecución, dejando en el pueblo un destacamento mínimo de soldados. El carpintero dio su obra por terminada una hora antes de que el sol alcanzara su cénit y decidió seguir su Camino hacia la tumba del Apóstol aduciendo que no quería retrasar más su peregrinación a Santiago.

Al mediodía, gente venida de toda Navarra y todo el pueblo de Bargota se apiñaba en la plaza para ver la ejecución. Los soldados llevaron al brujo al cadalso, lo subieron en un taburete y le pusieron al cuello la soga. La expectación era máxima. El verdugo retiró de un golpe seco la banqueta de apoyo y el cuerpo del clérigo quedó colgando un breve instante. Justo el tiempo que tardó el mástil de la horca en soltarse de sus agarres. En un hábil ardid de su profesión, el carpintero había simulado los enganches a sabiendas de que en aquella horca nadie podría ser ajusticiado. Ante el desconcierto general, el griterío y la escasez de soldados, Johanés de Bargota alcanzó su montura y abandonó el pueblo a la velocidad del

rayo, incrementado su leyenda de nigromante, capaz de escapar de la muerte. Muchas y variadas versiones de este hecho se contaron lustros después en la lumbre de la posada de Bargota, aderezadas con cabezas rodantes, vuelos por los aires y los más variados artificios.

Jacques no culminó su peregrinación. La ciudad de Burgos le pareció un hervidero de gentes de todos los lugares del mundo, un enjambre de lenguas y oficios y allí encontró el rincón ideal para montar su taller. No obstante, jamás perdió su devoción a Santiago, y ayudaba en su carpintería a cuantos peregrinos requerían sus servicios, para reparar la lanza de un carro o el radio de una rueda. Jamás volvió al pueblo donde levantó el cadalso, pero nunca olvidó su encuentro y cómo ayudó a engrandecer la leyenda del que la historia conoce hasta hoy como el Brujo de Bargota.

*Martel Camino*